

José Miguel Rodríguez Zamora

Pensar escribiendo en Centroamérica.

Consideraciones sobre un ensayo de Roberto Castillo Iraheta

Universidad de Costa Rica

jomiroz@gmail.com

... que la vocación de pensar no es
una entidad muerta y escondida
entre los libros que versan sobre
historia antigua, sino un desafío
a emprender.

Roberto Castillo Iraheta

No existen pensamientos peligrosos,
el pensamiento es peligroso.

Hannah Arendt

La palabra oscila –siempre lo hace– entre un yo que la profiere y un tú que, aun rechazándola, la recoge. No sorprende, por lo tanto, que para unos sólo sea un yo que se expande, mientras que para otros es un tú que se comprime. Movimiento del yo al tú que es un nosotros dispuesto siempre al silencio. En este devenir anida la topología del decir y del escuchar. No en vano desde Platón el decir y el desdecirse es el espacio de la razón. Pero también es el hacer, el pensar que se hace y el hacer que se piensa en el verbo proferido y en el signo dibujado. Es en este espacio

donde emerge la congruencia entre la *vita* contemplativa y la *vita* activa: o, más bien, una en otra incesantemente transfiguradas.

El ensayo es el lugar en el cual se unifica la significación y la enunciación con la palabra y con el pensamiento de forma creativa, libre y original sin las trabas de la reducción científica, las cadenas de la ideología, ni el despliegue de la voz lírica incontrolada. El filósofo construye con su pensamiento un horizonte de sentido. Pero lo plasma en la palabra: la oralidad del verbo implica una cercanía, pero el término escrito se difunde y permanece. Sócrates no escribe, pero sí sus discípulos. Es un mecanismo de intercambio que imita, sin lograrlo, la vivacidad de la palabra y la cercanía de la voz.

Este ejercicio de la escritura y del pensamiento tuvo lugar en el marco de un simposio efectuado hace cerca de dos décadas en la Universidad de San Carlos, en Guatemala, donde el destacado filósofo, profesor y escritor hondureño Roberto Castillo Iraheta (1950-2008) formuló una propuesta significativa, que aún mantiene plena vigencia, sobre lo que constituye hacer filosofía en Centroamérica en su ponencia titulada “El humanismo que vendrá (Respuesta a la pregunta ‘¿Qué significa hacer filosofía en la Centroamérica de hoy?’”. Poco después fue publicada en una colección de artículos de filósofos centroamericanos (ver España Calderón).

Conviene atender al lugar de la enunciación. El texto surge explícitamente en el marco de una actividad académica. Es un filósofo que, en primera instancia, se dirige a sus colegas en un encuentro de estudiosos centroamericanos. Reflexiona sobre la importancia de la filosofía y sobre la tarea que a ésta y a los filósofos les incumbe en los países de la región. Pero el texto va mucho más allá: también es una propuesta sobre el humanismo como modelo de sociedad –de ahí su título–. A medida que el lector profundiza en su lectura descubre un movimiento continuo entre ambos niveles enunciativos. Ciertamente Castillo escribe y pronuncia un texto para profesionales de la filosofía pero, además, por la fluidez de su escrito y por la claridad y amplitud de las ideas, es también un texto programático que se dirige a un público mucho más amplio.

En el presente trabajo se revisarán las principales ideas propuestas por Castillo Iraheta en su importante trabajo, destacando lo que se considera más adecuado para un pensar filosófico

centroamericano y su plasmación en un discurso. En consecuencia, se estudia este ensayo filosófico como forma de expresión del pensamiento y su propuesta concreta sobre el humanismo para Centroamérica.

La familiar extrañeza del pensamiento filosófico

En primer término, debe ponerse atención al título en el cual la palabra humanismo adquiere una dimensión significativa. De ninguna manera es un concepto cerrado; más bien el autor propone una idea provocadora para la reflexión. Es una invitación hacia el futuro como horizonte de una posibilidad histórica que constituye una categoría en un proyecto inconcluso, pero en devenir. Al respecto Castillo afirma: “Propongo la historia de las ideas en Centroamérica como territorio de convergencia inmediata de los esfuerzos que por la filosofía hacemos en los distintos países.” (“El humanismo” 256). Por supuesto que esta iniciativa no surge de la nada, sino que el autor la justifica con una serie de argumentos que requieren adecuada atención. Sin duda, este es un ensayo de naturaleza filosófica. No obstante, también se encuentran en él rasgos propios del artículo y de la proclama. Aunque su título y su lugar enunciativo indican una ponencia verbal, en realidad también posee las características más importantes del ensayo, a saber: programa de ideas novedosas, rigor conceptual, utilización de figuras literarias, subjetividad en la propuesta, claridad en las ideas, entre otras. Pues, como es sabido, lo que le da su rasgo distintivo al ensayo es la forma entendida no como una inexorable condición estructural de género, sino como un proceso continuo entre la idea rigurosamente expuesta y su expresión libre. Liliana Weinberg lo ha expresado magistralmente:

El ensayo como poética del pensar, el ensayo como enlace entre situación y sentido, el ensayo como interpretación, el ensayo como escritura de una lectura, el ensayo asomo al vínculo entre lo pensable y lo decible, el ensayo como traducción simbólica del acto de entender, el ensayo como prosa mediadora entre la prosa y el ensayo como mediación en la relación entre hombre, lenguaje y mundo: estas son algunas de las principales caracterizaciones que hemos ofrecido del género. (319).

Más allá de la teoría de la recepción, el ensayo es una condición, un requerimiento, y si se quiere, una excusa para pensar. Es un acicate en el cual el lector activamente dialoga y, en ocasiones completa el texto.

En verdad, no es únicamente una simple opinión personal, sino una justificación razonada y, como en Montaigne, se trata de proponer o compartir una visión del mundo, en este caso, de una nueva visión de lo que significa la filosofía dentro de una inédita sociedad centroamericana. En su escrito guarda un conjunto de ideas que, como se ha indicado, sobrepasan lo meramente circunstancial del encuentro académico. Escribir pensando o pensar escribiendo es, posiblemente, la esencia más férrea del ensayo y una de las vocaciones más acendradas del filósofo. Es, por lo tanto, un compendio de la vida política, de la historia, del pasado, del presente y del horizonte de futuro de estas sociedades. En suma, en este trabajo de Castillo hay una reflexiva visión, una *gnosis* filosófica sobre la región. En efecto, al inicio de su trabajo Castillo formula dos importantes ideas:

Nunca será suficientemente tarde para recordarle a Centroamérica lo inconcluso que sigue en ella el proyecto de la razón, indicio claro de una modernidad ruidosamente pregonada pero construida con precariedad y sólo a medias. (“El humanismo” 244).

¿Por qué una modernidad “sólo construida a medias”? Castillo ve con acierto las limitaciones del proyecto modernizador que, pregonado por las clases dirigentes, no alcanzó las metas del desarrollo económico, la consolidación de las instituciones democráticas, ni mucho menos, la participación efectiva e inclusiva, ni de la ampliación de la cultura en las diversas clases y sectores sociales. Asimismo, desde un principio surge el problema de la definición y de la demarcación espacial de Centroamérica, América Central o Mesoamérica y, en consecuencia, de lo “centroamericano” (ver Liano 51-57). Y más adelante complementa esta aserción de la siguiente forma:

Centroamérica no es únicamente una realidad geográfica e histórica, donde la diversidad lucha incansablemente con la unidad, sino que es sobre todo un proyecto, es decir, una idea, y como tal, extremadamente cercana a los cultivadores de ideas. (“El humanismo” 244).

En estos densos párrafos el filósofo centroamericano reúne varios conceptos representativos: la razón inconclusa, la modernidad, la falta de unidad, la representación de un proyecto y la función del discurso de la filosofía en el contexto centroamericano. Ideas que, además, se exponen como fundamento de un programa regional fundado en la posibilidad del despliegue de la unidad en la diversidad y cercana a los creadores de pensamiento. O más bien, la experiencia tanto personal como histórica y social –subjetividad en comunidad– sin que se presuponga ninguna separación taxativa entre ellas. De esta forma, las políticas que se suscitaron con relación a la identidad continental o nacional y el proyecto de razón se imbrican en un complejo entramado tanto subjetivo como social en los procesos históricos centroamericanos.

La enunciación del proyecto de la razón puede tener, por supuesto, varias implicaciones que oscilan entre una metafísica idealista y una ideologización política pasando por varios colores filosóficos. Experiencias divergentes e, incluso, transgresoras y en ocasiones, revolucionarias. En suma, una realidad y un pensamiento enriquecidos por la diferencia. Obviamente, el tema permite muchas aproximaciones. Sin duda, no todas actuales. Castillo las evita puesto que acertadamente proclama la independencia del quehacer filosófico frente a las ataduras que por mucho tiempo ejercieron sobre la filosofía otras disciplinas, importantes en sí mismas, pero cuya influencia fue ancilar y limitadora.

En consecuencia, a lo largo de su trabajo también propone “cimentar su disciplina con lo que es propio de ella, no con lo prestado” (“El humanismo” 245). Con ello se hace eco de una venerable tradición que le otorga al pensar filosófico un ámbito propio en la vida personal y en el conglomerado colectivo de la cultura y de la historia humanas. Ciertamente, el ejercicio de la filosofía se descubre como fundamental para la convivencia y aun para la política, entendida ésta como mediación y como transacción. La comunidad, si se atiende a Aristóteles, surge para

resguardar la coexistencia humana. La influencia de este filósofo griego en la construcción de las sociedades occidentales no se puede exagerar. Una de sus propuestas fundamentales, también central en el ensayo de Castillo era la importancia de reunir el *logos*, es decir, la razón, con el lenguaje como fundamento de la convivencia. Es el *zoon politikon*, el hombre social, que es social precisamente por tener un uso racional de la lengua. La palabra, en consecuencia, posibilita la convivencia, es decir, la civilización y la cultura. Es la coexistencia de lo diverso en la unidad: *común-idad*, donde la razón y el sentimiento mutuo son los cimientos de la *polis* (ver Rodríguez, “Democracia” 8-10). Asimismo, Castillo presupone que la democracia va mucho más allá de las estructuras formales, en sí mismas necesarias e indispensables, pero no suficientes para garantizar el pleno ejercicio de los derechos en la vida común (ver Habermas 407-460). En verdad, los países centroamericanos están muy lejos de este ideal. Para el filósofo centroamericano la razón y la palabra, más allá de las instituciones formales, son también fundantes de la convivencia social.

Por otra parte, todavía están en la memoria los intentos de reducir la filosofía a una escueta síntesis de los resultados de las ciencias naturales. Castillo lo señala: “Con harta frecuencia la tarea filosófica se entendió como un ir tras la obra de otros saberes.” (“El humanismo” 245). De ahí que rechace tales visiones reductivas y, además, también denuncie la preponderancia condicionante en las ciencias sociales de palabras como *diagnóstico*, *implementaciones*, *decantaciones* a las cuales considera “vanalizaciones [sic] que apartan del trabajo filosófico” (“El humanismo” 245).

Pero también ha existido otro intento de derribar las murallas de la filosofía; es la politización y la urgencia del inmediatismo ya sea este liberador y revolucionario, o, por el contrario, reaccionario y conservador despótico de cara a la historia. Este aspecto –al cual se volverá más adelante– ha sido particularmente dañino para el pensar filosófico centroamericano. Entiéndase bien, no significa que la filosofía deba estar ajena a los procesos de liberación y de lucha en nuestras naciones: todo lo contrario, la filosofía, como ha señalado con acierto Ignacio Ellacuría, tiene en su propio seno una “función liberadora”. Ellacuría, también desde Centroamérica, lo ha sintetizado de forma precisa:

Se puede decir que la filosofía desde siempre, aunque de diversas formas, ha tenido que ver con la libertad. Se ha supuesto que es tarea de hombres libres, en pueblos libres, libres al menos de aquellas necesidades básicas que impiden este modo de pensar qué es la filosofía; se ha admitido también que ha ejercido una función liberadora para quien filosofa y que, como ejercicio supremo de la razón, ha liberado del oscurantismo, de la ignorancia y de la falsedad de los pueblos. (Ellacuría 103).

Castillo suscribe firmemente estas mismas ideas. Sin embargo, por su propia naturaleza libre y creativa, su defensa de la filosofía no podría plegarse a ningún proyecto político concreto: debe estar siempre abierta a ejercer la crítica liberadora frente a los intentos de dogmatizar la política y de cercenar las libertades, particularmente, en este caso, la libertad de pensamiento. Obviamente, ello no implica caer en los relativismos con lo cual se les hace el juego a las fuerzas del oscurantismo filosófico y de la violencia política. Concretamente en el caso centroamericano, la indeterminación filosófica y el relativismo filosófico pueden ser –y de hecho han sido utilizados– por sectores que a la larga se descubren dogmáticos y represores. En este aspecto la región no ha sido original (ver Han cap. 8).

Por lo tanto, el estudio del pensamiento filosófico en Centroamérica, como también había anotado el dogmático Platón, es un asunto político. Toda metafísica es política y toda epistemología es ideológica. No existen las islas de neutralidad celestial (ver Rodríguez, “Interpretación” 11-13). La filosofía es, de este modo, el hegeliano búho de Minerva que eleva el vuelo al atardecer, pero también el niño que descubre, con ojos asombrados, por primera vez el mar de la existencia.

Para Castillo es muy importante enfatizar que la filosofía pone sus propios cimientos. Son sus propias reflexiones las que determinan sus reglas, sus objetivos y sus límites y con ello su continuo devenir. También Benjamin lo reconoce de forma acertada:

La totalidad de la filosofía, su sistema, es de un poderío superior a lo que puede exigir la suma de todos sus problemas, porque la unidad en la solución de todos ellos no es indagable. Porque si la unidad en la solución de todos los problemas fuera ella misma indagable, inmediatamente se presentaría, con respecto a la

pregunta que la indaga, la nueva pregunta sobre en qué se apoya la unidad de su respuesta con la de todas las restantes. (Benjamin 70).

Con ello Benjamín recuerda la importancia de no sacralizar una determinada aproximación, un método, sino de indagar más allá de las formas en un movimiento continuo sobre el objeto y sobre el propio pensamiento. El fundamento del pensar es su propio principio, su fuente y a la vez su destino. En este viaje, el filósofo descubre que sólo el pensamiento libre puede constituirse en referente de sí mismo y, a la vez, en denuncia crítica de la coerción y del avasallamiento.

Con estos criterios la propuesta de Castillo adquiere una dimensión mucho mayor, pues sobrepasa lo simplemente circunstancial, lo inmediato y lo urgente, para proyectarse en un horizonte de amplitud histórica, casi de naturaleza cósmica. El discurso filosófico, incompleto en sí mismo, está en permanente búsqueda. Como se verá, este aspecto está presente en el ensayo de este filósofo centroamericano quien, como una llamada de atención, solicita la independencia del pensar filosófico, dentro de este territorio de lo propio y no de lo ajeno.

Pero, ¿qué es lo propio? Este saber que no se supedita a ningún otro, que se niega a ser *ancilla* de la ciencia o de la teología, mucho menos de la política o la economía, tiene, por su misma naturaleza libre, mucho que decir en estas sociedades en proceso de desarrollo económico y social y en vías hacia la democracia. En consecuencia, desde su reflexión Castillo muestra cómo la filosofía, un comprender en sí mismo, es una voz con responsabilidad histórica para Centroamérica. Es un conocimiento original e insustituible por otros saberes pero, además, es un conocimiento y una práctica social que contribuye a precavernos del dogmatismo y a garantizar la libertad. No en vano Sócrates es el primer mártir filosófico.

El eterno aliado del filósofo, el libro filosófico y el silencio ...

Este ensayo es una propuesta, pero también impugnación porque admite la provisionalidad de lo formulado, el camino de su propia negación. Este pensar escribiendo es una función propia y

acendrada de la filosofía: ejercicio del profesional de la filosofía que recoge en pensamiento y transmuta en palabras las inquietudes comunes de la colectividad. Metafísica que confronta el ser y el no ser en una batalla incontrovertible de la verdad con la nada donde las limitaciones, las ambivalencias y el poder reúnen la estética de una confrontación. Este discurrir de vacíos y anhelos a través del tiempo es una huella indeleble que Centroamérica plasma en el papel, convirtiendo los productos filosóficos y literarios en “campos de batalla” (ver Mackenbach, “Los textos” 12-16).

Por supuesto que este aspecto no es en modo alguno algo novedoso. El ensayo en América Latina en general y en Centroamérica en particular siempre ha desempeñado un singular papel en la configuración del pensamiento y en los proyectos políticos de la región. Desde la época colonial, pero sobre todo a partir de la Independencia, el ensayo, especialmente el periodístico, pero también el panfleto, la proclama, y otros impresos adquirieron una función de acicate social y de promotor de las más radicales ideas políticas. Provocaciones y polémicas, luchas y pactos, estuvieron unidos a la palabra escrita difundida por los entonces recientes periódicos (ver Stabb 597-607; Mackenbach, “El ensayo”).

En consecuencia, siguiendo a Castillo, un pensar filosófico centroamericano supone también y apodícticamente la compleja confluencia del pensar y del sentir, de la afirmación del sujeto y de revisar críticamente lo dado. La ingenuidad filosófica se paga muy caro: en Centroamérica sobran los ejemplos al respecto. Este proceso se plasma de forma evidente en la dialéctica entre el pensar y el escribir: pensar escribiendo es ejercer la crítica, el poner del sujeto y el hacer frente al objeto. El escrito, surco del pensamiento, se conforma con la sensibilidad externa del enlace interpersonal.

Cabe afirmar que Castillo tiene presente el valor de lo logrado en el pensamiento filosófico centroamericano y lo concretiza en el concepto de tradición. Sobre esto recuerda los aspectos siguientes:

- a) Describirla, y si es necesario inventarla. El camino recorrido por las ideas en nuestros variados ámbitos es mucho más largo y rico de lo que normalmente se cree y acepta. [...] Lo que importa no es tanto

sobrepoblar la galería de los que han pensado, como hallar expresiones de ideas por los rincones, que han de ser revisados exhaustivamente. (“El humanismo” 246-247).

Esta travesía no es fácil, en modo alguno. Requiere una inicial prueba de ascesis, de catarsis, para acceder a una visión no distorsionada del pensar. Sin embargo, esta vida de la mente tiene muchas facetas. No todas son gratas a la razón, pues de forma sutil, se escabullen entre ellas los singulares errores del dogmatismo y de la justificación astuta de la violencia. Aun así, queda pendiente una pregunta: ¿cuáles son los recodos que deben ser revisados exhaustivamente? En el segundo párrafo se encuentran indicios fundamentales:

b) Organizarla, depurarla y crearle los necesarios vasos comunicantes que la llenen de lo que bulle en las tradiciones de pensamiento. Reitero la palabra tradición sin ningún espíritu de tradicionalismo. (“El humanismo” 246-247).

Pero, ¿qué significa esta actitud hacia la tradición? ¿No es ella misma un camino hacia lo dogmático, el pasado como rígida norma de la vida, o ensoñación nostálgica? Para Castillo nada más lejos de una defensa de un tradicionalismo piadoso. Su propuesta implica tomar la tradición, recrearla con los valores vivos del presente para construir un futuro abierto, libre de las ataduras del pasado:

Porque estar en la tradición significa, desde el punto de vista de las ideas, ser ciudadano de un vasto territorio espiritual donde las diferencias son bienvenidas precisamente porque se las acoge en el seno de una gran unidad: implica lazos de amistad y de solidaridad donde quiera que una sola idea sea conocida y divulgada; quiere decir continua flexibilidad en la vida de las instituciones, que no han de herrumbrarse nunca para que el pensamiento pueda mantener su flujo constante –su ir y venir creador– a través de ellas. (“El humanismo” 246-247).

Por supuesto, ambas tareas son indispensables, aunque quizás no de la misma forma en todos los rincones de la región. Son, obviamente, redes esenciales para el crecimiento de la

filosofía, de sus instituciones y de sus cultivadores. Lazos que atan en la libertad del pensamiento. Con ello, la reflexión filosófica y su plasmación escrita se inscriben en una tradición que recoge el pensar aborígen, los atisbos de la colonia, las luchas intelectuales de la Independencia, el nacimiento de las nuevas naciones, y el impetuoso derrotero de la modernidad. Todo ello con los complejos vaivenes de las luchas entre la opresión y la libertad, la democracia y el autoritarismo, el desarrollo social y el arrojo personal, con frecuencia hasta el sacrificio de la propia vida y del sufrimiento de pueblos enteros. La palabra que nace en el fragor de las luchas, o en la soledad del silencio tiene mucho que decir a las sociedades centroamericanas. Aunque, en ocasiones, “desfiguradas por la violencia” (ver Mackenbach y Ortiz 81-83). Y decirlo con la voz propia, original, nacida dentro de la cultura autóctona y de la debida tradición. Para Castillo esta voz se plasma en “el eterno aliado del filósofo, el libro filosófico” (“El humanismo” 249).

El nuevo humanismo y la vía de las ideas

Este filósofo centroamericano tiene muy claro cuáles son los principales problemas de la región. La filosofía se inserta en el contexto histórico específico sin olvidar las consecuencias de una modernización a medias y de una democracia incipiente. Sin embargo, para él lo importante desde el punto de vista filosófico es adquirir una mirada propia, original, que surja desde las raíces atávicas de nuestro suelo común. Adquirir este enfoque filosófico forma parte esencial del nuevo humanismo ya que, de acuerdo con Castillo, la filosofía está llamada a desempeñar un singular papel como guía en la “vía de ideas”. Universalismo frente a provincialismo, tradición frente a tradicionalismo, diálogo crítico frente a dogmatismo, pensamiento libre frente a represión, silencio creador frente a ruido, son sólo algunos de los retos que la filosofía debe afrontar en este proyecto centroamericano. Sin embargo, en la época actual, ¿no convendría dar un paso más? Al igual que Castillo, Said ha llamado la atención sobre la recurrencia al pasado como elemento de comprensión del futuro:

Entre las estrategias más corrientes de interpretación del presente se encuentra la invocación al pasado. Lo que sostiene esa invocación no es sólo el desacuerdo acerca de lo que sucedió, acerca de lo que realmente fue ese pasado, sino la incertidumbre acerca de si el pasado realmente lo es, si está concluido o si continúa vivo, quizás bajo distintas formas. Este problema alienta toda clase de discusiones: acerca de la influencia, acerca de la culpa y los juicios, acerca de la realidad presente y las prioridades futuras. (35).

Este pasado, en efecto, alienta las luchas del presente, pero a condición de cribar con discernimiento riguroso las memorias del tiempo. Pues, podría convertirse, como se ha indicado anteriormente, en una justificación de la violencia y de la injusticia. Werner Mackenbach lo ha sintetizado con las siguientes palabras:

El futuro es impensable –e inimaginable– sin la memoria, y la memoria es imposible sin el futuro. Su conservación, su libre ejercicio público, su transmisión y discusión son requisitos imprescindibles para poder pensar e imaginar el porvenir de nuestras sociedades y sus posibilidades de redimirse de los traumas del pasado. (Mackenbach, “Los textos” 13).

Por otra parte, el proyecto de la razón, inconcluso, se instituye como una especie de ideal regulador que marca un horizonte en continua expansión. Es importante repetirlo con sus propias palabras:

Centroamérica no es únicamente una realidad geográfica e histórica, donde la diversidad lucha incansablemente con la unidad, sino que es sobre todo un proyecto, es decir, una idea, y como tal extremadamente cercana a los cultivadores de ideas. (“El humanismo” 244).

Ciertamente, la noción de Centroamérica, de la Patria Grande, es todavía una idea, un ideal en el horizonte (ver Arias 173-175; Liano 51-57). El autor de esa ponencia enfatiza con acierto que el proyecto implica incompletitud. Es el espacio de la “razón incompleta”, es decir, “una realidad que se asoma a los complejos días actuales sin haber dado cuenta consecuentemente de

su pasado” (“El humanismo” 244). Para Castillo este es el principio para la construcción del discurso filosófico, al respecto advierte:

Ahora falta mirar hacia nosotros mismos. Podría cosecharse mucho más, en los tiempos de esta madurez que ya se anuncia, haciendo nuestra la indicación fichteana según la cual el mirar hacia sí mismo es la primera condición que la filosofía impone a su aprendiz, pero entendiendo que el sí mismo está en nuestra especificidad cultural. (“El humanismo” 246).

Esta “especificidad cultural” a que se refiere Castillo en realidad es una diversidad de culturas, lenguas, costumbres y cosmovisiones. El proyecto centroamericano es, en mucho, un diseño plural, colectivo y diverso, en el cual se reúnen, como en una amplia morada, la multiplicidad que incluye, con su singularidad irrepetible, a cada hombre y a cada mujer: pueblos indígenas, campesinos, pescadores, intelectuales, obreros, empresarios, industriales, artistas y muchos más en su diversidad étnica y sus cosmovisiones y lenguas vernáculas. Por este motivo, el discurso filosófico debería incitar a la reflexión radical desde uno mismo, pero siempre inserto en la cultura específica de quien filosofa. Porque, más allá de la forma, lo social es el hombre y la mujer concretos e insertos en su colectivo devenir histórico. Todo pensamiento es hijo de su época. Y este hecho es ineludible.

Desde esta óptica se puede percibir con mayor precisión el sendero del nuevo humanismo propuesto por Castillo, el cual implica tener plena conciencia de las desigualdades, de las carencias y de los desfases. Es imprescindible recoger las velas del pasado para revisar lo conseguido y mirar con atención lo no logrado. Pero no sólo como un recuento histórico, científico o político, sino “dar cuenta de ellos de manera filosófica”. Con ello, Castillo vuelve a recuperar la especificidad propia de la filosofía, y le asigna la tarea de informar sobre el proyecto humanista superando los binarismos tradicionales. El autor también lo señala con penetración al afirmar lo siguiente:

La peor carencia entre todas las que arrastramos ha salido de nuestra propia casa, y ha consistido en cometer traición a nosotros mismos al ir a esos aludidos problemas con un ojo prestado, con un ojo no

filosófico. Queriendo no perdernos nada de una fiesta a la que no se nos invita, fingimos complacernos con una música que no es de nuestro gusto. Hemos perdido así, por iniciativa propia, las posibilidades creativas del silencio, que tantas obras dejaron en el pasado. (“El humanismo” 249).

En consecuencia, el pensador hondureño recobra la importancia de la meditación en el silencio como factor filosófico. Y, paradójicamente, es desde este silencio que se puede percibir filosóficamente la situación real de Centroamérica: “Nuestras naciones han erigido una cultura de la insatisfacción, que en el fondo puede ser saludable para pensar.” (“El humanismo” 251). Surgidas del orden colonial, las sociedades centroamericanas se debatieron entre el conservadurismo y las embrionarias repúblicas. De ahí que no se trate sólo de “no aceptación de lo dado”, por más importante que sea este paso metodológico y ético, sino de ir mucho más allá y de propugnar un nuevo diseño de sociedades desde la humildad y riqueza de las ideas. Porque la abstracción filosófica es, en el fondo, la práctica más concreta. Pero ello requiere una visión amplia, de conjunto y, a la vez, de rigurosa crítica. Comprendido, por supuesto, lo marginal, lo migratorio, lo excluido de la visión tradicional de las élites dominantes en estas naciones que puede ser un poderoso impulso de confrontación con lo estereotipado y normalizado como elemento fundante de la reflexión cultural (ver Said 73-90).

Para el filósofo centroamericano en este proyecto la educación tiene un papel esencial. Siguiendo la tradición del racionalismo ilustrado, considera que la enseñanza es un factor indispensable para el desarrollo de un pensamiento libre, crítico, constructivo para cada persona individualmente, a la vez que un elemento del crecimiento de los pueblos. Particular atención le presta a la educación universitaria. Es conocido que la enseñanza superior de calidad y la investigación de punta forman parte del proceso de consolidación de una economía estable y una fuente de mano de obra calificada de primer nivel. Asimismo, Castillo apunta que la formación de las nuevas generaciones requiere de los “estudios generales”, las así llamadas humanidades en las universidades, para que en ellas crezca fecundo el pensar libre y renovado con objeto de fortalecer no sólo el propio pensar, sino la función liberadora del discurrir imaginativo, en el cual

se imbrique el proyecto kantiano de unificar los pensamientos con contenidos y las intuiciones con conceptos dentro de una *praxis* liberadora. Sin embargo, también es sabido que el proyecto educativo ha sido un mecanismo de control político en manos de los grupos de poder. Educación que con frecuencia es una instrucción de control mental para los niños y jóvenes en la sacralidad de las tradiciones y de la violencia. Sin duda, a la filosofía también le corresponde el papel de precaverse de esta manipulación controladora y enajenante.

La dualidad gramsciana que oscila entre el optimismo de la voluntad y el pesimismo del intelecto pueden ser unificados en este proyecto humanista centroamericano. Pues la labor de ensamblar lo disímil constituye también, como se ha visto, la tarea del pensar filosófico.

Reflexiones finales

El trabajo de Castillo es un pensar verbalizando y un pensar escribiendo. Sin embargo, como se señaló al principio, es un escrito que recoge un planteamiento provisional, subjetivo y dinámico, y no por ello menos riguroso, obligatorio y original que incita a la reflexión y al debate. Se puede apreciar que desde su lugar de enunciación muestra las características de un discurso dirigido tanto a académicos como a un público mucho más amplio que el estrictamente académico. Aunque es de naturaleza personal –podría decirse, incluso, que muy subjetivo en sus consideraciones–, posee una importante función enunciativa, crítica, e incluso, programática para la actualidad centroamericana.

El tema que trata, o mejor dicho, los diversos temas y subtemas, son de la máxima relevancia. Cuestiones que lejos de agotarse adquieren cada día una importancia mayor. La propuesta de un humanismo que vendrá, el singular e insustituible papel de la filosofía, la función de la educación, la actualidad de la tradición, el aprender a mirar hacia nosotros mismos desde la historia, el descubrir filosóficamente el presente, la transcendencia de la escritura, del libro y del silencio, ¿no son todos estos factores de una tarea fundamental que nos hace seres humanos, que nos hace centroamericanos?

En la *Filosofía del Derecho* Hegel reflexiona sobre el momento previo al arribo del pensar filosófico (ver 11-25). Para el filósofo del idealismo alemán la filosofía es una meditación que vislumbra, no sin cierta nostalgia, al claroscuro del pasado. Luz y oscuridad entremezcladas como un proyecto de renacimiento, de resurgir de las cenizas del pasado concluido. En cambio, para Castillo, la filosofía es tanto una empresa que reflexiona sobre el pasado, pero para construir un mañana. La filosofía es un proyecto histórico atento hacia el futuro. Y así, el vino de plátano martiano podría ser, con adecuado procesamiento vernáculo, un excelente licor autóctono si no pretendiera imitar falsamente la vinatería de otras latitudes. No obstante, la sensibilidad a la tradición histórica que muestra Castillo es una inquietud que sobrepasa la identidad para proponer un proyecto humanista de alcance regional. Este propósito, en consecuencia, es un reflejo del pensamiento social y político de su autor y de su continua preocupación por las condiciones de violencia, pobreza y marginación que atraviesan los países centroamericanos (ver Romero s.p.).

Pensar escribiendo significa recoger la memoria colectiva transmitida en ideas filosóficas: cribarlas para que, desde un presente incierto, se pueda construir, colectivamente el proyecto futuro. El libro –impreso o electrónico, más allá de las ideologías y de la voracidad editorial– continuará siendo un instrumento insustituible del filósofo. Y la palabra, hermana del silencio, se instaure en nuestra historia como estímulo, huella y elemento de reflexión inacabada.

Asimismo, la fuerza del pensamiento y los requerimientos del proyecto humanístico se pueden unificar en el impulso de una aspiración política específica, sin que por ello la filosofía pierda su nota más característica: la capacidad de crear ideas plenamente libres. En esto el pensar escribiendo, es decir, pensar en la difusión crítica, la educación y el compromiso, está unido a la construcción de este “humanismo que vendrá”. Para la filosofía –a pesar del contraejemplo de Sócrates– pensar escribiendo es una actividad indisoluble. Sin lugar a dudas, el escrito de Castillo logra un ponderado equilibrio entre lo que dice y cómo lo dice. Se inscribe dentro de los filósofos literatos, aquellos que consiguen la justa medida entre la idea, el sentimiento y la estética en forma del decir. La forma del ensayo se arraiga absolutamente en este flujo de la reflexión, del

discurrir razonado y personal, a veces, con una distancia irónica, pero siempre atento al momento presente.

Roberto Castillo, en “El humanismo que vendrá”, recoge las inquietudes anteriores. Por eso su propuesta más importante quizás sea: ejercitar la filosofía con plenitud en un contexto en el cual las necesidades básicas estén satisfechas, los derechos humanos se respeten, impere la justicia social, se admita la igualdad en la diversidad, se proteja a la naturaleza y en el que se erija la libertad como garante de pensar escribiendo. Y de acuerdo con Castillo este es para Centroamérica, un “desafío a emprender”.

Bibliografía

Adorno, Theodor. W. “El ensayo como forma”. *Obras completas 11. Notas sobre literatura*. Madrid: Akal, 2009.

Arendt, Hannah. *La vida del espíritu. El pensar, la voluntad y el juicio en la filosofía y la política*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1984.

Arias, Arturo. “Objetos perdidos, dulzuras ignoradas: sistematizando el imaginario centroamericano”. *Revista de crítica literaria XXV.50* (2º semestre 1999): 173-185.

Benjamin, Walter. *Dos ensayos sobre Goethe*. Barcelona: Gedisa, 1996.

Beorlegui, Carlos. *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano. Una búsqueda incesante de la identidad*. Bilbao: Universidad de Deusto, 2006.

Castillo Iraheta, Roberto. “El humanismo que vendrá (Respuesta a la pregunta ‘¿Qué significa hacer filosofía en la Centroamérica hoy?’)” *Pensamiento filosófico contemporáneo de la América Central. Ensayos*. Ed. Olmedo España Calderón. Guatemala: Editorial Óscar de León Palacios, 1999. 243-257.

Castillo Iraheta, Roberto. *Del siglo que se fue. Ensayos*. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2005.

Castro Morales, Belén. “El ensayo hispanoamericano en el siglo XX”. *Historia de la literatura hispanoamericana. El siglo XX*. Tomo III. Coord. Trinidad Barrera. Madrid: Cátedra, 2008. 805-854.

Cortés, Carlos. “Vida y muerte de Roberto Castillo”. *Áncora* 20 de enero 2008.
<<http://www.nacion.com/ancora/2008/enero/20/ancora1385482.html>> (12 de septiembre 2017).

Devés Valdés, Eduardo. *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernidad y la identidad*. Tomo III. Buenos Aires: Biblos, 2004.

Ellacuría, Ignacio. “Función liberadora de la filosofía”. *Pensamiento filosófico contemporáneo de la América Central. Ensayos*. Ed. Olmedo España Calderón. Guatemala: Editorial Óscar de León Palacios, 1999. 103-131.

España Calderón, Olmedo, ed. *Pensamiento filosófico contemporáneo de la América Central. Ensayos*. Guatemala: Editorial Óscar de León Palacios, 1999.

Ferrero, Luis. *Ensayistas costarricenses*. San José: Antonio Lehmann, Librería, Imprenta y Litografía, Ltda., 1972.

Habermas, Jürgen. *Facticidad y validez. Sobre el derecho y el estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*. Madrid: Trotta, 1998.

Han, Byung-Chul. *Topología de la violencia*. Barcelona: Herder, 2016.

Hegel, Georg W. F. *Líneas fundamentales de la filosofía del derecho*. Madrid: Gredos, 2010.

Liano, Dante. “Centroamérica cultural/literaria: ¿comarca, región, zona, naciones?” *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas. Intersecciones y transgresiones: propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica*. Ed. Werner Mackenbach. Guatemala: F&G Editores, 2008. 51-66.

Lukács, Georg. *El asalto a la razón*. Barcelona-México, D.F.: Grijalbo, 1972.

Lukács, Georg. “Sobre la esencia y forma del ensayo. (Carta a Leo Popper)”. *El alma y las formas*. Trad. Manuel Sacristán. Barcelona: Grijalbo, 1975.

Mackenbach, Werner. “El ensayo en Centroamérica: ¿(sub)género literario y/o contribución al estudio de las culturas y literaturas centroamericanas?” *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 12 (enero-junio 2006).
<<http://istmo.denison.edu/n12/articulos/ensayo.html>> (12 de septiembre 2017).

Mackenbach, Werner, ed. *Intersecciones y transgresiones: Propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – I*. Guatemala: F&G Editores, 2008.

Mackenbach, Werner. “Los textos como campos de batalla: memoria, escritura y futuro en novelas de América Latina, el Caribe y España”. *Meridional. Revista chilena de estudios latinoamericanos* 2 (abril 2014): 11-37.

<<https://www.researchgate.net/publication/269967113>> (12 de septiembre 2017).

Mackenbach, Werner, y Alexandra Ortiz Wallner. “(De)formaciones: violencia y narrativa en Centroamérica”. *Iberoamericana* 8.32 (diciembre 2008): 81-97.
<<http://www.jstor.org/stable/4167713>> (19 de noviembre 2016).

Martí, José. “Nuestra América [Original en *El Partido Liberal*. México, 30 de enero 1891]”. *Obras Completas*. Tomo 6. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. 15-23.

Oviedo, José Miguel. *Historia de la literatura hispanoamericana. De Borges al presente*. Tomo 4. Madrid: Alianza-Universidad, 2001.

Oviedo, José Miguel. “El ensayo moderno en Hispanoamérica”. *Historia de la literatura Hispanoamericana: El Siglo XX*. Tomo II. Ed. Roberto González Echeverría y Enrique Pupo-Walker. Madrid: Editorial Gredos. 2006. 374-428.

Rodríguez Zamora, José Miguel. “Interpretación, lenguaje y teoría política”. *Revista de Ciencias Sociales* 70 (1995): 9-22.

Rodríguez Zamora, José Miguel. “Democracia, proceso y constitución política”. *Revista de Ciencias Sociales* 81 (1998): 7-18.

Rodríguez Zamora, José Miguel. “Estructura semántica y análisis ideológico”. *Revista de Filología y Lingüística* XXX.2 (2004): 155-169.

Romero, Ramón. “Roberto Castillo, filósofo y escritor”. *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 16 (enero-julio 2008).
<<http://istmo.denison.edu/n16/articulos/romero.html>> (5 de diciembre 2016).

Said, Edward W. *Cultura e imperialismo*. Barcelona: Anagrama, 1996.

Stabb, Martin S. “El ensayo en México, Centroamérica y el Caribe”. *Historia de la literatura Hispanoamericana. Del descubrimiento al modernismo*. Tomo I. Ed. Roberto González Echeverría y Enrique Pupo-Walker. Madrid: Editorial Gredos, 2006. 597-613.

Stehn, Alexander V. (N.D.). “Latin American Philosophy”. *Internet Encyclopedia of Philosophy*. <www.iep.utm.edu/latin-am/> (19 de noviembre 2016).

Vattimo, Gianni. *Vocación y responsabilidad del filósofo*. Barcelona: Herder, 2012.

Warning, Rainer. *Estética de la recepción*. Madrid: Visor, 1989.

Weinberg, Liliana. *Situación del ensayo*. Heredia, Costa Rica: EUNA-UNA-CIALC, 2013.